



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesinas de Belgrano

Facultad de Lenguas y Estudios Extranjeros
Traductorado Público, Literario y Científico-
Técnico de Inglés

Being Quick
Ir rápido

N° 583 Stefanía Daniela Isabel Mancino

Tutora: María Cristina Pinto

Departamento de Investigaciones
2012

Universidad de Belgrano
Zabala 1837 (C1426DQ6)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires - Argentina
Tel.: 011-4788-5400 int. 2533
e-mail: invest@ub.edu.ar
url: <http://www.ub.edu.ar/investigaciones>

ÍNDICE

Introducción	5
Traducción	6
Análisis del proceso de traducción	24
Conclusiones	28
Bibliografía y otras fuentes	29
Anexo	30

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo final de carrera está dividido en dos partes. La primera consiste en una traducción del inglés al español del cuento escrito por Ali Smith, "Being Quick", que pertenece al libro *The Whole Story and Other Stories*. El texto es el tercero de los doce cuentos del libro. Se encuentra dividido en dos partes, lo cual se corresponde con un cambio de narrador. Debemos aclarar que, como la totalidad del texto excedía la cantidad de palabras requerida para este trabajo, elegimos traducir la primera parte, es decir, la narrada por el primer personaje.

La segunda instancia de este trabajo consiste en un análisis del proceso de traducción del cuento, en el que explicamos la metodología de traducción elegida y en el cual también describimos algunos de los problemas de traducción con los que nos enfrentamos durante dicho proceso. Para lograr esto, tomamos algunos ejemplos puntuales que ilustran los problemas y la solución que se les dio para la traducción.

A modo de conclusión también incluimos algunos pensamientos finales acerca del trabajo realizado. Por último, ofrecemos un anexo en el que se encuentra la continuación del cuento en idioma inglés.

TRADUCCIÓN

[From: Smith, Ali (2003) *The Whole Story and Other Stories*. London: Penguin Books.]

I was on my way across King's Cross station concourse dodging the crowds and talking to you on my mobile when Death nearly walked into me.

I'm sorry, I said.

Sorry for what? You said in my ear. He smiled and stepped back and stood to one side as if waiting.

I can't stop now, I said, I'm on the phone.

Who are you talking to? You said.

Death was unexpected. He was handsome, balding, a middle-aged man in a suit so light-coloured it seemed contrite, and he was vaguely recognizable, vaguely arty, like a BBC executive from the days when TV still promised both decency and aesthetic ambition, the days when its drama was still courageous and you could trust that the mid-evening news was about what was actually happening in the world, not ratings or money or channel protocol. But those days were over and we both knew it, and anyway I was idealizing them, his smile, which was melancholy but civilized, said.

He smiled and my phone went dead. I looked at it; its little screen was dark. A moment ago you had been telling me about your day at work and about how you were home now, waiting for me to come home. I had been talking to you about how I was crossing the concourse, how I would probably catch the fast train and be home around eight and how I would get us an Indian takeaway on my way home. We had been discussing onion bhajis.

I gave my phone a shake. Its screen stayed blank. I put it against my ear but there was only the sound of an off phone, the sound of plastic and nothing. I pressed the on button. Nothing happened. I pushed sideways through the crowd to get to the wall of the station and knocked my phone against it, first gently then hard. It made no difference. I looked up, so I wouldn't have to look round, look him in the face. High above the shopfronts and the people milling to and from the trains there was a single strand of some plant or other growing out of the Victorian brick at the top of the wall. It was flowering.

Estaba caminando entre la gente en la estación King's Cross y conversando contigo por teléfono cuando casi me choca la Muerte.

Perdón, dije.

¿Perdón por qué? te oí decir en el oído. Se sonrió y retrocedió y se paró a un costado, como esperando.

No puedo parar ahora, dije, estoy hablando por teléfono.

¿Con quién hablas? me dijiste.

La Muerte era imprevisible. Era un hombre apuesto, con poco cabello, de mediana edad, con un traje tan claro que parecía contrito, y era vagamente reconocible, vagamente artístico, como un ejecutivo de la BBC de aquellos días en que la televisión aún prometía tanto decencia como ambición estética, aquellos días en que su drama todavía era audaz y uno podía confiar en que las noticias de la tarde reflejaban lo que realmente sucedía en el mundo, no *ratings* o dinero o el protocolo del canal. Pero esos días ya no existían y los dos lo sabíamos, y, sin embargo, yo los idealizaba, decía su sonrisa, melancólica pero civilizada.

Sonrió y el teléfono celular se me apagó. Miré el aparato; la pequeña pantalla estaba negra. Hacía instantes me habías estado contando de tu día en el trabajo y que ya estabas en casa, esperándome. Yo te había contado que estaba atravesando el pasillo, que probablemente tomaría el tren rápido y llegaría a casa alrededor de las ocho y que compraría comida india en el camino. Habíamos hablado de *bhajis* de cebolla.

Sacudí el teléfono. La pantalla seguía igual. Me lo puse contra la oreja, pero solo se escuchaba el sonido de un celular apagado, el sonido de plástico nada más. Pulsé el botón de encendido, pero no pasó nada. Me hice paso entre la gente para ir hacia un costado y llegar a la pared de la estación. Golpeé el teléfono contra ella, primero despacio y después fuerte, pero no cambió nada. Levanté la vista, así no tendría que volver la cabeza, mirarlo a la cara. Sobre la fachada de las tiendas y la gente que entraba y salía de los trenes, se veía el tallo de alguna planta que crecía en los ladrillos victorianos en lo más alto de la pared. Estaba floreciendo.

I looked at my phone again. Hello? I said, in case you could still hear me, into the tiny hole in the phone's base.

I started walking. He was walking alongside me, neat and shy. I ignored him all the way round to platforms nine to eleven where I called you from one of the call boxes.

You cut out, you said. Did you want the bhajis or not?

My phone's not working, I said. Listen. Are you all right?

Perfectly, you said. What's wrong with your phone?

Are you sure you're all right? I said.

Yes, you said. Then you said, what? What's the matter? Is something wrong? Are you okay?

He was standing over by the coffee kiosk now. He wasn't looking at me any more; he was looking at a woman and child who were in the coffee queue, at two policewomen wearing luminous yellow and chatting at the platform barrier, at a man asking the people at the cash machines if they would give him their change. I watched him shift his gaze from person to person and knew that even though he was looking at these other people it didn't mean he didn't know exactly where I was.

I told you about him. You laughed.

It's not funny, I said. I'm not making it up. I mean it. He's, like, ten yards away. He's watching the man making the coffee in the kiosk. He's watching him sprinkle on the stuff.

Is it cinnamon? you asked.

I don't know, for God's sake, I said. Now he's watching him fitting the lid on the top. He's watching him do that thing with the napkin that stops the cup being too hot for her to hold.

For who to hold? you said.

The woman, I said, the woman who's buying the coffee.

Miré otra vez el teléfono. ¿Hola? dije al pequeño orificio en la base del aparato, en caso de que aún pudieras oírme.

Empecé a caminar. Él caminaba a mi lado, pulcro y tímido. Lo ignoré todo el camino hasta las plataformas nueve a once, donde te llamé desde una cabina.

Se te cortó, dijiste. ¿Quieres los bhajis o no?

No me anda el teléfono, dije. Dime, ¿estás bien?

Perfectamente, dijiste. ¿Qué le pasa al teléfono?

¿Seguro estás bien? dije.

Sí, dijiste. Luego preguntaste: ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Pasa algo? ¿Estás bien?

Ahora estaba parado cerca del puesto de café. Ya no me miraba; veía a una mujer y a un niño que hacían fila para café, a dos mujeres policías vestidas de amarillo fluorescente que charlaban junto a la barrera de la plataforma, a un hombre que le pedía cambio a los que estaban en la caja. Lo vi mirar a cada una de esas personas y sabía que, aunque las mirara a ellas, sabía exactamente dónde me encontraba yo.

Te hablé de él y reíste.

No es gracioso, dije. No lo estoy inventando, es en serio. Está como a diez metros. Está mirando al hombre que hace el café en el puesto. Está viendo cómo espolvorea algo.

¿Canela? preguntaste.

No sé, por Dios Santo, dije. Ahora está mirando cómo coloca la tapa. Está mirando cómo hace eso con la servilleta para que no se queme la mano cuando se lo dé.

¿Cuándo se lo dé a quién? dijiste.

A la mujer, respondí, a la mujer que está comprando el café.

How do you know it's Death? you said. Doesn't sound much like Death. Sounds like a spy making sure for head office that the kiosk workers are doing everything the way head office requires.

No, no, he's looking at other people too, I said, it's not just the kiosk he's looking at. He's looking at all sorts of people, he's -.

Look again, you said. It's not Death. It's just a person.

I looked again. Sure enough, the man I had thought was Death was an ordinary man, a man behaving a little oddly, but just a man.

You're right, I said. It's just a man in a cream-coloured suit.

How stylish, you said. How springlike. Listen. Call me when you're twenty minutes away and I'll order supper and then you can pick it up and you won't have to wait. Is your bike at the station?

I can't call you when I'm twenty minutes away, I said.

Why not? you said. My phone's not working, I said. Oh, I forgot, you said. Okay, how about I phone them when I think you're twenty minutes away? When's your train leaving?

The tinny digital clock ticking over my head said 19:10:53. Then it said 19:10:54. Then it said 19:10:55. About four minutes, I said.

Good, you said. Run, or you won't get a seat. See you soon.

Your voice was reassuring. 19:11:00, the clock said. I put the phone back on its hook and I ran.

The seat I got, almost the last one in the carriage, was opposite a girl who started coughing as soon as there weren't any other free seats I could move to. She looked pale and the cough rattled deep in her chest as she punched numbers into her mobile. Hi, she said (cough). I'm on the train. No, I've got a cold. A cold (cough). Yeah, really bad. Yeah, awful actually. Hello? (cough) Hello?

¿Cómo sabes que es la Muerte? preguntaste. No parece la Muerte; parece un espía de la oficina central que quiere estar seguro de que los trabajadores del puesto estén haciendo las cosas correctamente.

No, no, mira a otras personas también, dije, no está mirando solamente el puesto. Está mirando a toda clase de gente, está...

Mira de nuevo, dijiste. No es la Muerte. Es una persona nada más.

Miré de nuevo. Efectivamente, el hombre que pensé que era la Muerte era un hombre común, que se comportaba un tanto extraño, pero era solamente un hombre.

Tienes razón, dije. Es nada más un hombre con un traje color crema.

Cuánto estilo, dijiste, qué primaveral. Oye, llámame cuando estés a veinte minutos y pediré la comida para que puedas recogerla y no tengas que esperar. ¿Tu bicicleta está en la estación?

No puedo llamarte cuando esté a veinte minutos, te dije.

¿Por qué no? dijiste. No me anda el teléfono, dije. Ay, me había olvidado, dijiste. Bueno, ¿qué tal si los llamo yo cuando creo que estás a veinte minutos? ¿Cuándo sale el tren?

El reloj digital metálico que hacía tictac sobre mi cabeza decía 19:10:53. Luego decía 19:10:54. Luego decía 19:10:55. Como en cuatro minutos, dije.

Bien, dijiste. Corre o no encontrarás asiento. Nos vemos pronto.

Tu voz sonaba tranquilizadora. 19:11:00, decía el reloj. Colgué el teléfono y salí corriendo.

El asiento que tomé, casi el último en el vagón, estaba frente a una muchacha que empezó a toser apenas se acabaron los asientos libres. Se veía pálida y la tos le resonaba hondo en el pecho mientras marcaba números en el teléfono. Hola, dijo (tos). Estoy en el tren. No, estoy resfriada. Resfriada (tos). Sí, muy fuerte. Sí, horrible, la verdad. ¿Hola? (Tos) ¿Hola?

She looked at her phone as the train went through a tunnel. So did all the other people who had been in the middles of conversations up and down the train, which was packed with people behind me and ahead of me shouting their hellos forlornly, like lost or blind people. The stray hellos reached nobody. They hung unanswered above our heads in the air and cancelled out everybody they weren't for, then as soon as we were out of the tunnel the phones began again by themselves in a high-pitched spiralling, the signature tunes of TV shows, the simplified Beethoven symphonies.

The woman sitting next to me was sleeping through it, her back attentive and straight, a book closed on her knees and her hands arranged round it. The coughing girl had closed her eyes too. The man opposite me was asleep; he had fallen asleep as soon as the train started to move and was now slumped against the window, his mouth open in a toothless O. I stared over his head at the lightly dusked outskirts of London, at its weeds, its graffiti, its small squares of fast-passing light, the early evening windows of the lives of hundreds of others. I thought how funny it was of me to have imagined that the man who nearly bumped into me was Death. I laughed. The coughing girl opened her eyes and looked at me accusingly. I looked away and smiled to myself, thinking how you and I would joke about it later. I began to think of funny things I could say afterwards, weeks from now, when it had become a running joke. He looked like Death. I thought how the man hadn't looked anything like Death was supposed to look, hooded in black, faceless, with a scythe, standing at the edge of a pond filled with rubbish like on the public information advert on TV when I was small. Then I began to worry in case it was some kind of omen. I told myself not to be so stupid. I drummed my fingers on my leg. They felt numb, anaesthetized, and I knew for the first time as I sat staring blankly out and the realization of it broke cold on my skull, for all the world as if someone above me had cracked an egg with a knife and let its cool contents slide out of the shell on to the top of my head and down the back of my neck, that I hadn't ever cared at any point in my life about anything other than myself and that I had no idea how to change this or make it any different.

Miró el teléfono mientras el tren se metía en un túnel. Lo mismo hicieron las demás personas que habían estado en mitad de una conversación, en un tren repleto de gente delante y detrás de mí gritando “hola” sin demasiado entusiasmo, como perdidos o ciegos. Esos “hola” perdidos no llegaron a nadie. Quedaron sin respuesta sobre nosotros, en el aire, y anularon a todos a los que no se dirigían; luego, apenas salimos del túnel, los teléfonos celulares se dispararon otra vez, por sí solos, y comenzaron a sonar, en un tono alto, las melodías de series de televisión y las sinfonías simplificadas de Beethoven.

La mujer que estaba sentada a mi lado dormía mientras todo esto sucedía, con la espalda atenta y recta, un libro cerrado sobre la falda y las manos acomodadas alrededor de él. La muchacha de la tos también había cerrado los ojos. El hombre frente a mí estaba durmiendo: se había dormido en cuanto el tren había comenzado a moverse y ahora estaba desplomado contra la ventanilla, con la boca abierta en forma de O, sin mostrar ningún diente. Yo miraba por encima de su cabeza las afueras ligeramente anochecidas de Londres, sus malezas, grafitis, pequeñas plazas con luces rápidas, la vida de cientos de personas reflejada en las ventanas, en las primeras horas del atardecer. Pensé en lo gracioso que fue imaginar que el hombre que casi me choca era la Muerte y me reí. La muchacha de la tos abrió los ojos y me lanzó una mirada acusadora. La esquivé y me sonreí, pensando en cómo tú y yo bromearíamos sobre esto más tarde. Comencé a pensar en cosas graciosas que podría decir después, en semanas, cuando se hubiera convertido en un chiste corriente. Se parecía a la Muerte. Pensé en cómo el hombre no se parecía en nada a cómo debía ser la Muerte: con capucha negra, sin rostro, con una guadaña, a la orilla de una laguna repleta de basura, como en el anuncio televisivo de información pública que vi en mi infancia. Luego me empecé a preocupar, por si se trataba de alguna especie de augurio. Me reproché ser tan idiota. Tamborileé con los dedos sobre la pierna. Los sentía dormidos, anestesiados, y supe por primera vez desde que me senté con la mirada perdida hacia afuera y la comprensión de todo esto me explotó en el cráneo, como si alguien desde arriba hubiera roto un huevo con un cuchillo y hubiera dejado que todo su contenido, fresco, saliera lentamente de la cáscara, aterrizara sobre mi cabeza y siguiera resbalándose por la nuca, que en ningún momento de la vida me había importado nada que no fuera yo y que no tenía idea de cómo cambiar esa situación.

Then I noticed that the fast train was going very slowly. It slowed to a stop in the dark. This woke several people, many of whom stood up and struggled into coats until they realized they weren't home at all. They sat down again. To the left of us was an Intercity 125, also full of people, also stopped. To the right, another stationary train crammed with people. Someone down the carriage told someone down a phone that we were going very slowly, that we'd stopped, that we were probably passing an accident spot.

A voice came over our speakers. There had been a fatality at a station twenty or thirty miles down the line. All round me people began phoning people to tell them. I got my own mobile out to call you, then remembered and put it back in my bag. Will you tape it? a voice behind me was saying. It's on at nine. Hello?, the coughing girl was saying into her phone. Someone died, so we're late.

Just to repeat to passengers, the voice from the ceiling said, and it was a tired and wary-sounding voice. There is as yet no other information. As yet all the information there is is that a fatal incident of fatality has happened on the line, and that no other information has as yet been received, and that more information is awaited, and when it is received it will be told to passengers as soon as it is received.

The man opposite me opened his eyes, sat up surprised, looked out of the window bleary and blinking, closed his eyes again and went back to sleep. The woman next to me had woken up. She settled herself inside her coat and opened her book. It was called *Breaking the Pattern of Depression* and had been written by a man with a PhD. I glanced at her face. She didn't look depressed at all. She looked perfectly happy. There: I had momentarily cared about someone I didn't know, had never met, would probably never see again after this journey. I looked at the girl, whose eyes were closed again, whose mobile was still in her hand and whose other hand clenched a handkerchief. I tried to feel sorry that she had a cold. Colds were horrible, especially when you had to go to work with one. Her cough was probably keeping her awake late at night. It was horrible to have a cough like that. I looked at the man slumped next to her, big and hopeless as a seal out of water. I had no right to think of him as a seal or as any other kind of simile or metaphor, I thought. I thought kinder thoughts. He must be very tired to be so asleep on a train. Perhaps he had to work very hard. Perhaps when he gets home, I thought, there's something that keeps him awake all night so that the only sleep he gets is on the train. Maybe his wife and he have had a new baby,

Luego me percaté de que el tren ya no iba tan rápido como antes. Andaba muy despacio hasta que se frenó en la oscuridad, lo que despertó a varios, muchos de los cuales se levantaron y comenzaron a ponerse el abrigo hasta que se dieron cuenta de que todavía no estaban en casa; entonces volvieron a sentarse. A nuestra izquierda había un Interurbano 125, también repleto de gente, también parado. A la derecha, otro tren detenido y abarrotado. Alguien en el vagón le dijo a alguien por teléfono que íbamos muy despacio, que habíamos frenado, que probablemente hubiera ocurrido un accidente por aquí.

Alguien nos habló por los altavoces. Había ocurrido un accidente fatal en una estación a unos cuarenta o cincuenta kilómetros. A mi alrededor, la gente comenzó a hacer llamadas para avisar lo que estaba pasando. También saqué el celular para llamarte pero me acordé y lo puse de nuevo en el bolso. ¿Lo vas a grabar? decía una voz atrás de mí. Es a las nueve. ¿Hola? decía la muchacha de la tos por teléfono. Alguien murió, así que estamos retrasados.

Les repetimos a los pasajeros, dijo la voz que salía del techo, y se trataba de una voz cansada y cautelosa. Por ahora no sabemos nada más. Hasta el momento, la única información que tenemos es que ha ocurrido un accidente fatal en la línea y que no se ha recibido más información, y que esperamos tener más información y que apenas la tengamos, se la comunicaremos a los pasajeros de inmediato.

El hombre que estaba enfrente de mí abrió los ojos, se incorporó sorprendido, miró por la ventana, pestañeando aún con sueño, cerró los ojos otra vez y se volvió a dormir. La mujer que estaba a mi lado se había despertado. Se acomodó dentro del abrigo y abrió un libro. Se llamaba *Cómo romper los patrones de la depresión* y lo había escrito un hombre con un doctorado. Le eché una ojeada a su cara; no me parecía para nada deprimida, parecía perfectamente feliz. Ahí estaba: por un momento me había importado alguien que no sabía quién era, que no conocía y que probablemente no volvería a ver después de este viaje. Miré a la muchacha, que tenía los ojos cerrados otra vez, que aún sostenía el teléfono con una mano y que con la otra apretaba un pañuelo. Traté de compadecerme de ella por el resfrío. Era horrible estar resfriado, especialmente cuando uno tiene que ir a trabajar así. Probablemente, la tos no la dejaba dormir a la noche. Era horrible tener un resfrío así. Miré al hombre que estaba desplomado al lado de ella, grande y desahuciado como una foca fuera del agua. No tenía derecho a pensar en él como una foca o como ningún otro tipo de símil o metáfora, pensé. Pensé cosas más agradables. Debe de estar muy cansado para estar tan dormido arriba del tren. Quizás había trabajado arduamente. Quizás cuando llega a casa, pensé, hay algo que lo mantiene despierto toda la noche y entonces la única forma que tiene de dormir es arriba del tren. Tal vez él y su mujer tenían un bebé recién nacido.

I looked at his suit. There were no signs of new baby on it. Maybe his wife, or life partner, or whatever he had, was depressed, and it had become an unbreakable pattern. Maybe he or she had a cough that kept them both awake at night. Maybe he lived on his own; maybe he didn't have a wife or a partner; maybe this loneliness was what kept him awake all through the dark hours and meant he could only sleep on trains, on his way to and from work, surrounded by strangers.

I began to feel guilty that I hadn't even idly wondered about the person who had died at the station thirty miles ahead of us. Was it a man or a woman? How had he or she died? Had he or she had a heart attack? Thrown herself or himself in front of a train on a weekday evening on the mundane journey home, or the journey somewhere he or she couldn't bring herself or himself to make one more time? I had heard somewhere, or read somewhere maybe, that spring was the time of the year when most people found it unbearable, the coming back again of the year's light. Or had it been an accident? Had he or she been running for a train, trying to get home in time? Had one foot slipped off the side of the platform at exactly the wrong moment and the rest of her or him had followed? Was someone expecting him or her home right now, with food in the oven and a TV on, waiting?

I thought of you. You would be imagining me somewhere I wasn't. You would be thinking I was closer to home than I was. You would be phoning the Indian restaurant any moment. Maybe you already had. Maybe you were doing it right now. The thought of you blithely ordering food in the belief that I would be there on time, any minute now, to pick it up; the thought of it cooling down inside its tinfoil cartons in a takeaway bag on some sideboard or other in the kitchen of the restaurant; the thought of you sitting in our front room believing I'd be home any second made me feel worse than any number of imaginings about people I didn't know, even imaginings of them dying.

I got my mobile out but it was still dead. I turned to the woman reading the depression book.

Excuse me, I said.

She looked up.

I wonder if I could borrow your phone, I said.

Le miré el traje; no tenía rastros de un recién nacido. Quizá su mujer, o pareja, o lo que fuera, estaba pasando por una depresión, y se había convertido en un patrón inquebrantable. Quizás él o ella tenía unos tos que los mantenía despiertos toda la noche. Quizás vivía solo; quizás no tenía una esposa o pareja; quizás era esta soledad la que lo mantenía despierto toda la noche y lo dejaba dormir sólo en el tren, antes y después del trabajo, rodeado de extraños.

Empecé a sentirme culpable por no haberme preocupado ni siquiera porque sí por la persona que había muerto en la estación a cincuenta kilómetros de donde estábamos. ¿Sería hombre o mujer? ¿Cómo habría muerto? ¿Habría tenido un infarto? ¿Se habría arrojado a las vías una tarde de semana en el viaje trivial a casa o a un lugar al que ya no quería ir? Había leído u oído en alguna parte que la primavera era la época que más personas encuentran insostenible, la vuelta de la luz en el año. ¿O habría sido un accidente? ¿Habría corrido el tren, tratando de llegar a casa a tiempo? ¿Un pie habría salido de la plataforma exactamente en el momento equivocado y habría arrastrado el resto del cuerpo también? ¿Estaría alguien esperando por él o ella en este preciso momento, con la comida en el horno y la televisión prendida?

Pensé en ti. Estarías imaginándome en algún lugar donde no estaba. Estarías pensando que estaba más cerca de casa de lo que realmente me encontraba. Estarías llamando al restaurante indio en cualquier momento, tal vez hasta ya lo habrías hecho, tal vez lo estabas haciendo ahora. Te imaginaba ordenando comida despreocupadamente pensando que llegaría a tiempo, de un momento a otro, para recogerla; imaginaba la comida enfriándose en el envoltorio de papel de aluminio dentro de la bolsa para llevar sobre algún aparador en la cocina del restaurante; te imaginaba en la sala de estar creyendo que llegaría en cualquier momento; y eso me hacía sentir peor que cualquier otro pensamiento sobre personas que no conocía, incluso de gente muriendo.

Saqué el celular pero seguía muerto. Me volví a la mujer que estaba leyendo sobre la depresión.

Disculpe, dije.

Levantó la vista.

¿Podría pedirte prestado el teléfono, por favor? dije.

No, she said.

Oh, I said.

Do you want to know why? she said.

I realized, too late, that she was the kind of person who whispers loudly about rules and regulations at people who eat sweets in libraries.

As a rule of principle, she said, I don't carry a phone.

Ah, I said.

The link between mobile phones and brain tumours hasn't yet been disproved, she said.

Right, I said.

So even if I did carry a phone, I'm not sure I'd lend it to you, she said. By even using one at all, I could be doing not just myself but you and countless others on this train and many hundreds of others I've never met in my life who live near a transmitter serious harm.

Yes, I said. Thanks.

She went back to her book. Her face was shiny with delight. I glanced at the girl opposite. She had one eye slitted open, which she closed quick, in case I saw she was listening. But I'd seen, and she knew it, and opened the eye again.

I'd lend you mine, she said, but there's not enough money left on it for any more calls even if I needed to use it myself. Sorry.

Oh well, I said. Never mind. Nice of you to offer. Thanks anyway.

She nodded and closed her eye. I looked over at the four people sitting at the table across from us. They all looked away, up at the ceiling or down to the floor or out into the dark at the other people sleeping, reading, on phones, on the stopped trains on the lines parallel to ours, and then our train, which hadn't moved for over three quarters of an hour, jolted to life again and the parallel people in the windows of the trains on either side of us shunted backwards as we shunted forwards.

No, dijo ella.

Ah, dije yo.

¿Quieres saber por qué? me dijo.

Me di cuenta, demasiado tarde, de que era del tipo de personas que susurra fuerte sobre reglamentos a la gente que come dulces en la biblioteca.

Como principio general, me dijo, no tengo teléfono.

Ah, dije.

Todavía no se ha descartado la relación entre los teléfonos celulares y los tumores cerebrales, dijo.

Ajá, dije.

Por eso, aunque tuviera, no sé si te lo prestaría, dijo. Tan solo usarlo podría ocasionar un grave daño transmisible no solo a mí sino a ti y a tantos otros de este tren y a cientos de personas que no conozco y que viven cerca.

Sí, le dije, gracias.

Siguió leyendo, tenía el rostro rebosante de satisfacción. Eché una ojeada a la muchacha que estaba sentada frente a mí. Tenía un ojo mínimamente abierto, que cerró de inmediato, por si yo veía que estaba escuchando. Pero la había visto, y ella lo sabía, entonces lo abrió de nuevo.

Te prestaría el mío, dijo, pero no queda crédito suficiente para hacer llamadas, ni siquiera para mí, disculpa.

Ah, bueno, dije. No importa. Qué amable, gracias, de todas formas.

Asintió con la cabeza y cerró el ojo. Examiné a las cuatro personas sentadas en la mesa de enfrente. Todas apartaron la vista, hacia el techo, el piso, hacia la oscuridad de afuera o hacia las otras personas durmiendo, leyendo, hablando por teléfono, en los trenes parados paralelos a nosotros; y luego, nuestro tren, que no se había movido por cuarenta y cinco minutos, revivió de una sacudida y la gente en las ventanas de los trenes a los costados del nuestro comenzó a retroceder mientras nosotros avanzábamos.

People up and down the carriage cheered and began to phone people. Good, said the woman with the book. The girl opposite looked at me, looked at the woman reading her book, then looked away to the side as she pressed something on her phone, put her phone to her head and said, in a hushed voice, hello?

We gathered speed. We lurched and rolled on tracks that we knew were precarious beneath us. We slowed down again. People up and down the carriage groaned.

No way, the girl said into her phone, and coughed.

It's like this every bloody time, every bloody time I take a train, a man was saying behind me, probably into a phone but possibly just out loud to himself like a madman. Nobody takes responsibility, he said. Nobody's responsible. Nobody does anything about it. Nobody's in charge. Who's to blame? Nobody.

I saw the scuffed cheapness of the material of the seat I was sitting on. What, I thought, if there was nobody there when I got home? I walked in and you weren't there. I opened our mortgaged front door and came in and took my coat off and sat down with the takeaway bag of food and you weren't there. I didn't take the greasy tops off the cartons, careful not to spill on the floor, while you didn't bring through the plates and forks: you, lifted into the sky like in stories; gone, the way we expect people to vanish into thin air in faked magic, like something only supposed to happen in other people's lives, the lives that don't touch us and our lives. You were gone and the roof blew off our house and left cracked rafters dangling above upturned furniture. The earth below our house broke open and swallowed it whole. I went home and it wasn't there; just a crater in the ground between the other houses, like those old wartime photographs. So someone I didn't know was dead. I didn't care, and why should I? Instead I scared and dared myself into feeling some-thing by imagining what it would be like when what was mine wasn't mine any more, and beyond that was the knowledge, as blunt and undebatable as the glass in the window next to me, that none of it had ever been mine at all.

La gente del vagón vitoreó y comenzó a hablar por teléfono. Bien, dijo la mujer del libro. La muchacha de enfrente me miró, miró a la mujer que estaba leyendo, luego miró hacia el costado mientras apretaba algo en el teléfono, que se colocaba al oído, y decía, en voz muy baja, ¿hola?

Ganamos velocidad. Nos sacudimos y balanceamos sobre vías que, sabíamos, eran precarias. Disminuimos la velocidad otra vez y la gente del vagón comenzó a quejarse.

No puede ser, dijo la muchacha al teléfono y tosió.

¡Maldición! Es así siempre, cada vez que tomo el tren, decía un hombre detrás de mí, probablemente al teléfono, aunque quizás sólo se estaba hablando a sí mismo en voz alta, como un loco. Nadie se hace responsable, decía. Nadie hace nada, nadie se hace cargo. ¿Y quién tiene la culpa? Nadie.

Miré el material barato todo arañado de mi asiento. ¿Qué pasaría si no hubiera nadie cuando llegara a casa? pensé. Entraba y no estabas allí. Abría la puerta hipotecada y entraba y me quitaba el abrigo y me sentaba con la bolsa de comida para llevar y no estabas allí. No quitaba las tapas grasientas de los envases de cartón con cuidado para no volcar nada en el piso, mientras no traías platos ni tenedores: tú, arriba en el cielo, como en los cuentos, fuera de aquí, de la forma en que esperamos que la gente se esfume en el aire como por arte fingida de magia, como algo que solo se espera que suceda en la vida de otros, otros que no nos afectan ni a nosotros ni a nuestra vida. No estabas y el techo se despegaba de la casa y dejaba vigas quebradas colgando sobre muebles dados vuelta. La tierra debajo de la casa se abría y se tragaba todo. Yo iba a casa y ya no estaba; sólo había un cráter en el suelo entre las demás casas, como en aquellas viejas fotografías de la guerra. Entonces alguien que no conocía había muerto. No me importaba, ¿por qué habría de importarme? En cambio, me asustaba y me atrevía a sentir algo imaginando cómo sería cuando lo que me pertenecía ya no fuera mío; y más allá de todo eso se encontraba la idea, terminante e indiscutible como el vidrio de la ventana a mi lado, de que nada de todo eso había sido mío jamás.

I looked at my own reflection in it, and through me, behind me, was the dark of the land. It was the end, I'd gone as far as I could go. When the train juddered to a stop at a small station and the overhead voice said we'd be stationary here for at least an hour and a half, possibly for longer, depending on information, and the doors opened and the surge of angry passengers from up and down the train demanding money, taxis, explanations, converged on the one small station manager standing blinking with panic outside his office, I stood up and got off too. I pushed through the people on the platform and followed the exit signs. I didn't know what station or what town I was in until I was outside by the empty taxi rank and saw the name for where I was.

It was a garden city. That was something to do with trees, wasn't it? It meant a city with a lot of trees and green and it meant something historical, but I couldn't remember what. Maybe it stated in its town statutes that there were a certain number of trees that had to be planted here, maybe there was a certain acreage that had to be green; I had no idea, or if I'd ever known in the first place I couldn't remember now.

I looked up the road, then down the road, but I didn't know which was the right way. So I went back in through the station still full of its angry voices. I bypassed the crowd and walked the length of the train I'd just been on, nodding to people I passed who had stepped off for a smoke. We're all in it together, we told each other in shrugs, in little jerkings of the head, what can we do? I got to the front of the train. The driver had his feet up against the window and was reading a paper. I walked what was left of the platform till I'd gone as far as it went. This far along the noise of the station was surprisingly muted. I sat down on the edge then shinned down the side of it on to the track.

It was April, I could feel it. It was slight and cold on the backs of my hands and all through my clothes - my coat was still on my seat on the train. The whole of the lighter part of the year, all the light months, stretched away ahead of me. I put my hands in my pockets and walked, trying to hit a sleeper rung with each step. I avoided the toilet paper and sewage and my feet hurt from hitting the uneven rubble in the dips between the sleepers; my legs already hurt from the short distance I'd come. The rims of the rails curved off ahead of me in what was left of the townlight and the further away from the station I walked the purer the dark beyond me got. Now what I could hear was dark, the passing of cars on roads somewhere in the distance, the occasional rustling of the leafing bushes and the litter on the rail-way banks on either side of the tracks. I could smell it all, I had cold air in my nose and at the back of my mouth and it tasted of diesel or petrol and behind that it tasted of stripling wood, grass and earth.

Vi mi propio reflejo y, a través de mí, detrás de mí, podía ver la oscuridad de la tierra. Era el fin, había llegado tan lejos como podía. Cuando el tren se paró de una sacudida en una pequeña estación y del altavoz nos dijeron que estaríamos detenidos durante al menos una hora y media, posiblemente más, dependiendo de la información; y las puertas se abrieron y la oleada de pasajeros encolerizados de todo el tren, que reclamaban dinero, taxis, explicaciones, se reunió alrededor de un pequeño encargado de la estación parado afuera de su oficina parpadeando del pánico, me paré y salí también. Me abrí a empujones entre las personas que estaban en la plataforma y seguí los carteles de salida. No sabía en qué estación ni en qué ciudad me encontraba hasta que estuve afuera junto a la fila de taxis vacíos y vi el nombre del lugar.

Era una ciudad jardín. Eso tenía algo que ver con árboles, ¿no? Significaba que era una ciudad con muchos árboles y verde y era algo histórico, pero no recordaba qué. Quizás las normas municipales ordenaban que tenía que haber un cierto número de árboles plantados, quizás había cierta cantidad de tierra que debía estar cubierta de verde; no tenía idea y, si lo sabía, no lo recordaba ahora.

Miré hacia un lado la calle, luego hacia el otro, pero no sabía para dónde ir. Entonces volví a la estación, todavía llena de voces enfurecidas. Eludí a la multitud y caminé a lo largo del tren en el que había estado, haciéndoles un gesto con la cabeza a las personas que habían bajado a fumar. Estamos juntos en esto, nos decíamos encogiéndonos de hombros y sacudiendo la cabeza, ¿qué podemos hacer? Fui hasta la parte delantera del tren. El conductor tenía los pies contra la ventana y estaba leyendo el periódico. Caminé lo que restaba de la plataforma hasta llegar al final. A esta altura, pasando el ruido de la estación, todo estaba sorprendentemente callado. Me senté en el borde y luego me deslicé por él hasta llegar a las vías.

Era abril, podía sentirlo. Sentía débiles y fríos el dorso de las manos y el resto del cuerpo: el abrigo me había quedado en el asiento del tren. Los días más largos del año, todos esos meses soleados, se extendían delante de mí. Me metí las manos en los bolsillos y caminé, tratando de patear los durmientes con cada paso. Esquivé el papel higiénico y las aguas residuales, y los pies me dolían por patear los escombros en el espacio entre los durmientes; las piernas ya me dolían por la corta distancia que había recorrido. Delante de mí, el borde de los rieles describía una curva en lo que aún se veía de las luces de la ciudad; y cuanto más me alejaba de la estación, más absoluta era la oscuridad frente a mí. Ahora lo que podía oír era la oscuridad, el correr de los automóviles en la calle en algún lugar a la distancia, el susurro ocasional de los arbustos llenándose de hojas y la basura en las orillas de la vía férrea a ambos lados del camino. Podía oler todo eso, sentía aire frío en la nariz y en el fondo de la boca, y sabía a gasoil o a nafta, y detrás de eso sabía a pasto, tierra y madera joven.

ANÁLISIS DEL PROCESO DE TRADUCCIÓN

En esta sección del trabajo, nos dedicaremos a analizar algunos puntos de interés que hallamos en el texto y que fueron los retos que nos llevaron a elegirlo para realizar este trabajo final de carrera.

Características del texto y metodología de traducción

El texto elegido es un cuento escrito por la autora escocesa Ali Smith. Como hemos explicado brevemente en la introducción, se encuentra dividido en dos partes visiblemente separadas paratextualmente por un espacio en blanco. Esta división corresponde a un cambio de narrador. En la primera parte (la elegida para traducir en el presente trabajo), el personaje que narra la historia se encuentra viajando de regreso a casa y habla por teléfono con la persona que aguarda su llegada. La segunda parte, en cambio, está narrada por el personaje que se encuentra en la casa y el tiempo se corresponde con la continuación de la primera parte. Queremos destacar la riqueza textual del cuento elegido, que permitiría realizar varios análisis distintos y que nos obliga a tener que elegir solo algunos temas debido a que, de lo contrario, este análisis se extendería más allá de los límites permitidos.

En cuanto a la tarea realizada, al tratarse de un texto literario, optamos por inclinarnos por un método semántico de traducción, término acuñado por Peter Newmark (1985) que se contrapone al método comunicativo. Según Newmark, el método semántico se utiliza para traducir textos donde el contenido y el estilo, las ideas y las palabras insertas en estructuras especialmente elegidas por el escritor tienen la misma importancia (1993: 1), e incluye dentro de esta categoría la traducción de textos literarios. Aclaramos que, aunque en general optáramos por este método, en ciertas ocasiones fue necesario inclinarnos por el método comunicativo en pos de la comprensión del lector de la lengua de llegada.

Problemas de traducción

En esta sección analizaremos algunas de las dificultades más relevantes con las cuales nos enfrentamos durante el proceso de traducción, las cuales hicieron que nuestra tarea fuera más interesante y rica en la realización del presente trabajo.

El narrador o la narradora

En ninguna parte del cuento se hace mención al sexo del personaje que cuenta la historia. Ya que este sería quizás el mayor problema de traducción, y si bien puede deducirse solo mediante la lectura, decidimos corroborarlo con artículos y reseñas del cuento. De esta manera, Barzak (2004) habla de un narrador sin sexo y Robinson (2003), quien le hizo una entrevista a la autora, nos cuenta que en tres historias del libro, donde se narra una relación entre personajes, el sexo del narrador permanece indeterminado y que esto se debe a una decisión de Ali Smith de no crear imágenes atadas a los relatos.

Ahora bien, aquí existe una importante diferencia entre el idioma fuente y el idioma de llegada. El inglés no distingue gramaticalmente entre género masculino y femenino en, por ejemplo, artículos o desinencia adjetival, como sí lo puede hacer el español. Esto suponía, entonces, que debíamos adaptar algunas frases en nuestra traducción para mantener esa incertidumbre deliberada que en el texto original parecía presentarse sin mayores complicaciones. De esta manera, la frase "*when I was small*", que aparece en la página 12, no podía ser traducida como "cuando era chico", "de chiquito" o "cuando era pequeño" (o "cuando era chica", "de chiquita" o "cuando era pequeña") u otras frases de ese estilo, ya que revelarían un género para el narrador. Así, llegamos a la opción "en mi infancia", donde priorizamos esta decisión de la autora de mantener la incertidumbre del sexo del narrador. Otro caso que se nos presentó fue en esa misma página con el adjetivo "*stupid*", que debió ser traducido como "idiota" y no "estúpido" o "estúpida". De esta manera, se trató de hacer que la versión en español generase la misma reacción que el texto original en inglés en cuanto a la no creación de imágenes atadas al relato.

El lector puede, mediante la lectura, crear suposiciones con respecto al sexo de los personajes (el narrador y el interlocutor en el teléfono), pero esto no será a partir de aspectos gramaticales de las palabras. O puede también terminar de leer la historia y dejar ese espacio vacío. Pero, de todas formas, será una decisión libre del lector, tanto del que lea la versión en la lengua fuente como del de la lengua de llegada.

La Muerte

La Muerte es el personaje que desata esta narración. Ali Smith escribe este cuento inspirada por el poema de Emily Dickinson "Because I could not stop for Death" (Barzak, 2004). La importancia de este personaje, este hombre de traje que camina por la estación, nos obliga prácticamente a dedicarle unas líneas del análisis. Además, la palabra también constituyó un problema de traducción, básicamente por dos cuestiones: la interpretación que se le daría y su género gramatical en español.

Con respecto a la palabra "muerte", cabe mencionar que existen dos maneras de interpretarla: la muerte como un concepto o como una personificación. Esta diferencia se verá reflejada ortográficamente mediante el uso de la mayúscula o de la minúscula. En el texto fuente, las veces que se la menciona, la palabra aparece como un sustantivo propio, es decir, en mayúscula ("*Death*"). Esto nos hace suponer que el lector debe interpretarla como una personificación y no un concepto. Como así la interpretamos en la traducción, la mencionaremos de igual manera en este análisis, toda vez que nos refiramos a ella como una personificación.

En líneas generales, esta interpretación parece simple y carente de dificultades, sobre todo una vez que se ha leído toda la historia. Sin embargo, quisiéramos destacar una parte del texto en la que no aparece con tanta claridad. Se trata del sexto párrafo de la historia, que comienza con la oración "*Death was unexpected*". Esta es la segunda vez que aparece la palabra "*Death*" en el relato, lo cual es importante destacar, ya que el lector todavía puede no tener una idea muy clara de quién es esta Muerte que se menciona. Además, debido a la proximidad del párrafo con el comienzo del relato, en este punto tampoco está muy desarrollada la interpretación que le dará la autora a la palabra: ¿está hablando de un concepto o de una personificación? Esta duda se presenta potenciada también por el carácter ambiguo del predicado de la oración, es decir, el adjetivo "*unexpected*" podría hacer referencia a una característica tanto de la muerte como de la Muerte (concepto versus personificación).

En inglés, debido a que la palabra es la primera de la oración, la posibilidad de incluirla sin un artículo hace obligatorio el uso de la mayúscula, lo cual deja ambigua la interpretación, ya que la mayúscula podría simplemente responder a una regla ortográfica para el comienzo de oraciones. Esto no es igual en el idioma español, que obliga a colocar el artículo "la" antes. Dicha diferencia conlleva a tener que decidir la interpretación que se le va a dar a la palabra, lo cual se verá reflejado en el uso, o no, de la mayúscula. Para, finalmente, llegar a la traducción que le dimos en la página 7 ("*la Muerte era imprevisible*"), debimos tener en cuenta ciertas cuestiones. Para empezar, vimos que la única referencia que teníamos de la palabra, es decir, la única vez que se había hecho mención de la Muerte, había sido de esta como una personificación ("*Death nearly walked into me*") en el primer párrafo. Claro, esto no era suficiente porque aún no se había desarrollado demasiado la historia. Por eso, tuvimos que continuar por analizar las siguientes apariciones de la palabra o los extractos en los que se hace referencia a ella: "*He was handsome, balding, a middle-aged man in a suit so light-coloured it seemed contrite...*" (página 6), "*he smiled and my phone went dead*" (página 6), "*he was walking alongside me, neat and shy*" (página 8), "*how do you know it's Death?*" (página 10), "*he looked like Death. I thought how the man hadn't looked anything how Death was supposed to look...*" (página 12). Estos son solo algunos ejemplos que ilustran la referencia que se hace a la Muerte y, como puede verse, en todos se habla de ella como personificación; no hay un solo ejemplo en el relato en el que se haga mención al concepto de muerte. Por eso es que se tomó la decisión de dejar la palabra en mayúscula y así ser coherentes con el resto de las veces que aparece en el texto.

Como mencionamos anteriormente, existe una segunda cuestión para analizar con respecto a la Muerte y tiene que ver con el género gramatical de la palabra en el idioma castellano.

A lo largo de la historia y a través de las diferentes culturas, han aparecido diferentes concepciones de la muerte y diferentes personificaciones para representarla. De esta manera, podemos remitirnos a serpientes bicéfalas, a un ser con cabeza de chacal, a un dios repugnante que vive en el Inframundo, a tres ancianas que controlan el hilo de la vida de los mortales, a una mujer de rostro pálido, a una figura esquelética que porta una hoz, entre tantas otras (Sechi Mestica, 1998). Estas diferentes concepciones pueden influenciar a las personas a la hora de crear una imagen para representar el concepto de la muerte. ¿Qué imagen tiene cada uno de la Muerte? ¿Es una figura esquelética sin sexo? ¿Es una mujer o un hombre?

Debido a esta gran variedad de imágenes, para la traducción debimos basarnos nada más que en la personificación dada por la autora, sin tener en cuenta posibles concepciones culturales. El problema que se nos presentaba era que, en español, la palabra “muerte” es de género gramatical femenino y esto podía generar discordancia en el cuento, por ejemplo, en el uso de adjetivos con terminación femenina para referirse a un personaje masculino. Este fue el caso de la oración comentada anteriormente de la página 6: “*Death was unexpected*”. La primera traducción que se nos viene a la mente y que aparece en cualquier diccionario para el adjetivo “*unexpected*” es “inesperado/a”, o, tal vez, también “imprevisto/a”. Ahora bien, de haber elegido una de estas opciones, nos hubiera quedado lo siguiente: “La Muerte era inesperada. Era un hombre apuesto...” Pero esto hubiera sido opuesto a la decisión que explicamos anteriormente de concebir la muerte como una representación antropomórfica de género masculino, ya que estaríamos describiendo a este hombre mediante la utilización de un adjetivo con terminación gramatical femenina. Si, en cambio, elegimos ser fieles a esta imagen de sexo masculino pero mantener el adjetivo, tendríamos que cambiar la oración por “la Muerte era inesperado”, pero esta versión genera una contradicción gramatical que cualquier lector detectaría y rechazaría por ser contraria a la lengua castellana. Por eso es que nos inclinamos por una tercera opción: elegir otro adjetivo que no revelase un género, algo parecido a lo que hicimos para no revelar el sexo del narrador del cuento. Así es cómo finalmente llegamos al adjetivo “imprevisible” y no generamos ninguna controversia ni a nivel gramatical ni con respecto al relato.

El estilo de la autora

Una vez analizados los puntos más destacados con respecto al cuento elegido y su traducción, queremos dedicarnos al estilo de la autora, que supone un factor de vital importancia cuando el texto que traducimos es literario. Antes que nada, queremos aclarar que no es el objetivo de este análisis profundizar más que para lo que afecta a la traducción del inglés al español. Como hemos señalado antes, el texto es muy rico y se podría abordar desde diferentes enfoques. Sin embargo, vamos a dedicarnos a comentar solo algunos puntos que afectaron el proceso de traducción del cuento y, como veremos más adelante, su presentación en el presente trabajo.

En líneas generales, podemos decir que Ali Smith nos muestra un estilo más bien informal de escritura. Esto se puede ver en la elección de palabras y hasta en el contenido del relato. La relación entre los personajes principales es familiar: viven en la misma casa, podríamos suponer que son pareja o tienen una relación de gran confianza.

Con respecto a este punto, queremos destacar una falta de marcas de diálogo en el relato (las comillas, en inglés, y las rayas en nuestra traducción). Ali Smith podría incluirse dentro de un grupo de escritores experimentales, es decir, que experimentan con el texto. Rompen barreras, normas formales de escritura y logran que el estilo se convierta en contenido, como ella misma señala (2012). Si vemos la bibliografía de la autora, notaremos que esta es una pauta que no solo se da en este cuento. Hace lo mismo en otros cuentos que pertenecen a *The Whole Story and Other Stories*, como también en dos de las novelas a las que tuvimos acceso: *The Accidental* (2005) y *Like* (1997).

Al ser esta una decisión deliberada de la autora que tiene peso y contenido, decidimos dejar sin marcas los diálogos en nuestra traducción. Además, esto no entorpece la lectura en español, sino que intenta generar la misma reacción que puede tener el lector en inglés.

Por último, vamos a mencionar otro aspecto paratextual: como se puede ver en la sección de traducción, los textos aparecen sin justificar. Esta fue una decisión deliberada que pretendía imitar el impacto visual que recibimos al leer el texto en formato de libro. Como hemos señalado anteriormente, Ali Smith también juega con los elementos paratextuales en sus relatos y, si bien no podemos asegurar que haya sido una decisión de ella y no de la editorial, creemos que el paratexto es un factor que debemos tener en cuenta tanto cuando leemos un texto como cuando trabajamos con él, traduciéndolo, por ejemplo. De esta manera, quisimos que apareciera reflejado este punto también en nuestro trabajo, ya que complementa la lectura.

El título

Finalmente, llegamos al último punto que vamos a analizar en este trabajo y que, muchas veces, es lo que se deja para el final a la hora de traducir un texto (al menos, lo fue en este caso): la traducción del título del relato.

Cabe señalar que el título es sumamente vago, es decir, ¿a qué o a quién se le está adjudicando la rapidez? Asimismo, presenta el mismo problema de traducción que ya hemos mencionado anteriormente: el adjetivo “quick” en español podría ser “rápido” o “rápida”.

La manera que encontramos para solucionar este problema, sin alejarnos demasiado de las palabras en inglés, fue cambiar el verbo “ser” por “ir”. “Ser”, en este caso, debería ser complementado por un sintagma adjetivo que tendría que concordar en género y número con el sujeto. Como no podemos cumplir estos requerimientos, ya que iría en contra de la esencia ambigua del relato con respecto al género, optamos por modificar el verbo y, de esta manera, no utilizar un adjetivo sino un adverbio adjetival. Mediante el proceso morfológico de conversión, se produce un “cambio de categoría de un formante léxico sin la adición de ningún sufijo” (Di Tullio, 2005:37) y, de esta manera, mantenemos la palabra “rápido”, traducción más literal de “*quick*”, pero “no se predica de un ‘estado de mente’ del sujeto, sino de una manera de hacer del sujeto” (Di Tullio, 2005: 208) mediante un adverbio.

Así, no nos alejamos demasiado del título original en inglés, que podría resultar riesgoso, pero superamos el problema de traducción relacionado al género gramatical de las palabras.

CONCLUSIONES

Las páginas anteriores han tratado de demostrar la riqueza del texto elegido como trabajo final de carrera, por los obstáculos que presenta para su traducción del inglés al español. Como hemos señalado anteriormente, elegimos los elementos más importantes para desarrollar, dada la extensión limitada del análisis. Sin embargo, creemos que los temas seleccionados constituyen una muestra clara del trabajo que comenzamos en la universidad y que continuará en nuestra vida profesional como traductores.

El texto elegido presenta una principal dificultad que tiene que ver con el tema del género y la diferencia entre los dos idiomas, lo cual, a su vez, está relacionado al estilo de la autora, factor fundamental a tener en cuenta en la traducción literaria. El análisis trató de fundamentar las elecciones presentadas en la sección de traducción, cómo se superaron los obstáculos tratando de ser fieles al estilo y las decisiones de Ali Smith, y teniendo en cuenta al lector del texto en inglés y al del texto en español. A su vez, este trabajo también tiene la finalidad de dar una especie de cierre una la etapa universitaria al poner en práctica lo aprendido y empezar a tender un puente con la vida profesional elegida.

BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS FUENTES

- Barzak, Christopher (2004) "The Whole Story and Other Stories" [en línea].
<http://www.themodernword.com/sideshow/asmith.html> Consulta: 14 de noviembre de 2012.
- Di Tullio, Ángela (2005) *Manual de gramática del español*. Buenos Aires: La isla de la luna.
- Newmark, Peter (1985) *A Textbook of Translation*. London: Prentice Hall.
- (1993) *Paragraphs on Translation*. Clevedon: Multilingual Matters.
- Robinson, (2003) "Books, love and a few lies" [en línea].
<http://www.scotsman.com/lifestyle/books/features/books-love-and-a-few-lies-1-644167> Consulta:
14 de noviembre de 2012.
- Sechi Mestica, Giuseppina (1998) *Diccionario akal de mitología universal*. Madrid: Akal.
- Smith, Ali (1997) *Like*. London: Virago Press.
- (2005) *The Accidental*. London: Penguin Books.
- (2012) "Ali Smith: Style vs content? Novelists should approach their art with an eye to what the story asks" [en línea] <<http://www.guardian.co.uk/books/2012/aug/18/ali-smith-novelists-approach-art>> Consulta: 16 de noviembre de 2012.

ANEXO

I answered it as soon as it rang.

Hello? I said.

An automaton asked me if I would accept a reversed charges call from - and then there was a gap and your voice on the automaton tape, recorded wherever it was you were, saying your name.

Yes, I said, loud and firm in the space left for me to speak into, so there could be no mistake.

Hello, you said.

You were fine. There was nothing wrong with you at all. You were phoning from a call box in an all-night supermarket. You had been on a train that kept stopping because of some kind of accident. You were walking home. You reckoned you were still about thirty miles away. You'd walked on the tracks for hours until three railway workers in fluorescent jackets had run after you, given you a row and threatened to prosecute you. Then you'd walked on the grass verge of a back road and you'd seen the lights of the supermarket across a field. You had mud up round your ankles, all over your shoes and even inside your shoes. You smelt of farm.

I held the phone against my ear with one hand and rubbed my eyes with the other. I was still thinking about your voice saying your name, small and accented and guileless, fastened into the air on the phone tape.

It's surprisingly busy for the middle of the night, you were saying. There are a dozen people, maybe even more, doing their shopping. They're buying, like, Elastoplast, or orange juice. One woman just went through the checkout, she'd come out here in the middle of the night and she bought a child's pair of socks. Why would you buy a pair of socks for a child in the middle of the night?

I don't know, I said.

I really didn't. At that moment I didn't know anything except the small noise of your name. It was the fact that it was just your first name; something about it by itself in all that machinery was making something inside me actually hurt.

I wish I'd asked her, you were saying. She's gone now. I'll never be able to ask her. There's a man over there, his basket is piled completely full of biscuits, they're all the same make, some kind of French biscuit. He told me he drives round all the towns buying this one special kind of biscuit because you can only get them at this chain of supermarket. Amazing what people will do. Yes, I said. Amazing.

A couple of the people who work here are dancing with each other in the tea and coffee aisle, you said, they've got the radio on over the loudspeakers. And there's boxes of stuff everywhere, they're unpacking it for tomorrow, I mean today, they're putting the things on the shelves. While we're usually asleep someone somewhere is cutting open great big boxes of stuff and arranging them, or cutting bales of new newspapers open for newsagents in supermarkets and shops, and we never even think about it when we buy a paper or whatever.

Uh huh, I said.

It's really interesting being in a supermarket with no actual money to spend, you said. Yes, I said, I'll bet.

You told me about how you'd left your wallet and your jacket on the train, also the books you'd bought, the work you were bringing home, your glasses and your mobile phone.

It was dead anyway, you said. Though I'll have to try and get the glasses back.

You should cancel your bank cards, I said. Should I? you said. There's a twenty-four-hour number in the inside of my chequebook, it's up the stairs. But listen, did I wake you? I didn't know what the time was till I got here and saw their clock.

No, it's okay, no worries, I said. Well, you know. I was kind of dozing on the couch.

Oh, and I heard this bird, you said. I was walking along and it was just singing, like they do in the mornings, except that it was completely dark, and there were no other birds singing. I wonder what kind of bird it was. What kind of bird does that, just sings like that in the middle of the night?

Thing is, I said. You'll need to cancel your bank cards and I think it has to be you who does it. I don't think they let other people. If I phone up they maybe won't let me.

I really don't care, you said. I don't care about any of it. Whoever finds them can have them. They can have all the money that's in the wallet. They're welcome to it. It's not as if there's that much left in either of the accounts anyway. Well, except for the one account. Actually, there's quite a lot in that account. Actually, maybe you could phone about that one. The goldcard one. Would you mind? But the other one I don't care about. Oh God. And my credit card. I think my credit card was in there too.

I wrote down the words credit card and said that if they wouldn't let me cancel them I'd demand that they registered the loss so you couldn't be charged for anything beyond the time of my calling them up. I looked at the clock. It was ten-past three.

So I'd better go and do that now, I said.

No, wait, you said. Wait a minute.

But that man buying the biscuits. What if he's buying them on your credit card? I said.

I don't care, you said. Don't go. Listen. Can you hear that?

What? I said.

Shh. Listen, you said.

I heard a muffled regular thudding at the back of you like an industrial heartbeat. Possibly this was the sound of my own heart. Certainly something was thudding inside me so hard that I was swaying while I stood in the hall holding the phone.

Can you hear it? you said.

Kind of, I said.

You had started singing along with it. The moment I wake up, you sang. Before I put on my make-up, make-up.

I could hear someone else behind you singing it too.

That's Kerry singing, you said.

Who? I said.

Kerry. She works on the checkout, you said. She's nineteen and has three kids already, all under five, and it's really terrible because she and her husband have to work day and night just to keep their heads above water.

It was quarter-past three on the kitchen clock. You were singing down the phone. I run for the bus, dear. While running I think of us, dear. I realized it was possible that you weren't on the phone at all, that I was just hallucinating that you were. Now you were telling me about Dave, Kerry's husband, who was an apprentice painter and decorator, and how work for painters and decorators was quite hard to come by at the moment because of the boom in DIY.

I interrupted. What happened about Death? I asked.

They stopped the train, you said.

Because of that man? I asked.

Was it a man? you said? Was it on the news? What happened?

Well, you saw him, I said. In the white clothes, at the station.

Oh, you said. Oh, that. I forgot all about that. Honestly. Imagine seeing someone and thinking such stuff. Looked like Death.

You were laughing. I better go and call the bank for you, I said.

No, don't go yet, you said, and your voice was tiny and light in my ear. It's going to be morning soon. The sun'll soon be up.

I know, I said. I've got work in four and a half hours.

Oh. Right. Okay. Quick then, before you go, you said. Tell me. How was your evening? What did you do tonight?

What did I do tonight, I said. Well. First I was torn off the ground with my legs and arms flailing in the air. Like I was a fish on a hook.

Eh? you said.

Like someone in the sky was reeling me in on a huge rod, I said. Or like my middle was tied to a rope and the other end was tied to a plane. And after that, I watched our house collapse in on itself and I spent some time lying in the rubble. Then I vanished completely. I wasn't here at all. Then you phoned.

I what? And you what? you said.

I took a deep breath and counted to ten. While I was counting I thought back over my evening.

One. It is early evening. I am lying on the couch watching TV while you come home from London on the train. There's a programme on about a woman who has sent her mother off for the night to pick up the woman's husband, her son-in-law, in Dorset, while some people from the BBC come and secretly remake the mother's back garden. The garden is huge and as they dig up the long green lawn and start laying the slabs that are going to replace it, the TV people keep shaking their heads at the camera about how difficult it will be to do this week's episode in such a short amount of time, especially with the weather being so bad. It rains and rains. There are lots of shots of the TV people and the woman whose mother's garden it is, sheltering under a big old tree. They decide the tree is diseased. In the next shower break they saw through the tree with chainsaws and dig up its roots with a JCB. By the end of the programme the TV people are excited, hiding behind a new pagoda as the woman brings her mother through and shows her the garden, which looks like a modern cemetery. She looks round, bewildered. When the TV people jump out and surprise her she bursts into tears. I can't believe it's really you, she says. I can't believe it's really them. There's a montage of shots of before, during and after. Champagne is opened. The TV people

affectionately jostle the woman, the husband and the mother. The mother is still shaking her head, wiping her eyes and staring at the TV people.

The programme finishes. I go through to the kitchen to look at the clock in case the time on the video is wrong.

Two. I phone the restaurant. They tell me I owe them £22.50.

Three. I walk round to the restaurant and pay for the food which I take home and put, still in its bag, in the off oven.

Four. I try your mobile. It passes me through to the answering service. A recording tells me I can leave a message. I leave you a message in which I know I sound slightly high-pitched and strange. At the end the recorded voice tells me I can re-record my message if I press three. I press three and delete my message. I switch the television back on and lie down on the couch again. Firefighters are at risk from there being too few firefighters. A commercial for Special K. Snooker. A woman saying to a man, I'm sorry, Luke, I really am. A footballer is appealing against a ban for using steroids. The answer is Gormenghast. An old EastEnders in which everyone looks younger and the clothes look dated. Of one hundred people who were asked to name a kind of animal featured in children's stories, no one has answered elephant; a man's family loses a life when he answers elephant. A cartoon. A football match between someone and Brazil. A photograph of a bridge in a village a hundred years ago, a voiceover saying, in those days there were no cars in my grandmother's village. A boyband. A commercial for Kalms. An old Star Trek. A baseball team wants to change the name of its playing field. The weather tonight (clear). Heart-shaped bakeware for sale. An old Coronation Street in which everyone looks younger and the clothes look dated. Jerry Springer saying to an old man with one leg, so you met her in a convenience store? A commercial for digital TV. A: Morecambe and Wise, B: Mulder and Scully or C: Bonnie and Clyde. A glowing brain and a voiceover saying, I think there really is no inner conscious self. All we are is a machine built by genes. An idea can affect your mind like a germ, a parasite. We are the creations of our genes and our memes. I begin at the beginning of the channels again and it is like watching thrown-away rubbish come bobbing in towards me on a tide, stuff that has floated in from all over the world made of substances that will never decompose.

Five. I switch the television off. I go through to the kitchen and try your mobile. The voice tells me to leave you a message. I leave a steady-sounding message saying I hope you're all right and asking you to call me.

Six. I go upstairs and look out the front window. I come downstairs and try your mobile again. The voice tells me to leave you a message. I leave one which sounds much less steady than the last and regret not deleting it as soon as I've put the phone down. I get my own mobile out and text you. WHR R U? XXX. I press send. Message fails. I press send again. Message fails again. I phone 453 and an automaton tells me I have 6p left on my phonecard.

Seven. I open the front door. I stand in the middle of the road and check. I walk along a little so I can see all the way to the corner. I walk to the corner so I can see down the other road. I go back to the house. Light is blazing out of the open front door. I go straight through to the phone in the kitchen and try your mobile. While I'm listening to the voice telling me to leave you a message I remember: you told me your mobile isn't working.

Eight. You are lost. You've got lost somewhere. You don't know where you are,

I stand in the kitchen next to the fridge and pray, which is something I haven't done for years. It's so long since I've done it that I can't really remember how to. I am polite and desperate.

You are somewhere I can't reach or hear you and you are in pain.

I bargain. I promise to become a Catholic again if you will be returned safe.

You are somewhere you don't want me to know about, with someone you don't want me to know about.

Nine. I sit on the couch. I look at my fingernails. Then I look at my thumbnails, first one and then the other. I wonder what would happen if I didn't have a nail on my thumb, or on this first finger, or this little finger. I know it is supposed to be excruciatingly painful, used as a method of torture. We have fingernails, as I probably know from watching something on television once, left over from Neanderthal and animal claws; they protect the nerves in our fingers and are made of protein, keratin. They grow quite fast, quite a lot per week. They even grow for a while after death, and the hair. It keeps growing regardless. Everybody knows this.

I think about how at one point a couple of years ago you tried to stop biting your nails so short by only letting yourself bite one nail a day, the thumb on Monday, the first finger on Tuesday, the next on Wednesday. I try to remember whether you are still doing this or whether these days you just bite any old nail, or whether you don't bite them at all any more. I can't remember. I don't know how long or short your nails are.

Ten.

You were saying my name again down the supermarket phone. Hello? you said. Love? Are you still there?
Yes, I said.

What was it you did tonight? you said.

Oh, the usual, I said. Listen. Do you want me to come and pick you up in the car? It'd only take half an hour.

No, you said. I really want to walk. It'll be light soon, too.

It would; it was April. After we hung up, I would phone the bank, lock all the doors, clean my teeth and go to bed, set the alarm for four hours away, lie on my back on my side of the bed and try to sleep through what time there was left with your pillow over my eyes to keep the light out.

I'll go and phone the bank for you, I said.

Don't go yet, though, you said.

I looked at the clock.

Five more minutes? you said.

Okay, I said.

